

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N.54-OCTUBRE 2024



**Jesús y María hacen
la Voluntad de Dios**
ALMA MARIANA

**El Rosario
de una niña**
VICTORIAS DE MARÍA

Bartolo Longo
TESTIGOS DE
LA INMACULADA

“En octubre haré el milagro, para que todos crean”.



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 54
Octubre 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.


P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

«Perseveraban en la oración con María»



07

ALMA MARIANA

Jesús y María hacen la Voluntad de Dios



08

VICTORIAS DE MARÍA

El Rosario de una niña



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Beato Bartolo Longo



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a vivir el Noveno mandamiento



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

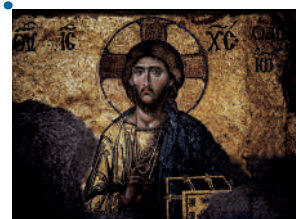
La Fortaleza de Santa María



16

REINADO DE CRISTO

«Entrad por la puerta estrecha»



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La experiencia del Dios «Abbá»



«Acuérdate...

VIRGEN MADRE DE DIOS,
CUANDO ESTÉS DELANTE DEL SEÑOR,
DE DECIRLE COSAS BUENAS DE MÍ»

El título es la traducción de la oración en latín: «Recordare, Virgo Mater Dei, dum steteris in conspectu Domini, ut loquaris pro nobis bona» de la Santa Misa de María Mediadora de todas las gracias que rezaban nuestros abuelos.

En el mes de octubre conmemoramos de manera especial a Nuestra Señora del Encuentro con Dios.



Una advocación que el P. Rodrigo Molina nos ha dado para nosotros. Es un regalo que la Virgen del Encuentro sea nuestra patrona. Es un regalo para la Iglesia y para cada uno. Debemos dejar que Ella reine en nuestro corazón y también darla a conocer. No nos quedemos con la devoción para nosotros solos. No seamos tacaños. Sería avaricia, codicia retenerla nosotros y no darla a tantos que la necesitan. Es una responsabilidad nuestra. Que contemplen su dulce mirada. Ella es irresistible con la suavidad de Dios. Dice San Agustín que Dios triunfa no por la fuerza sino por la suavidad de su gracia. La dulzura es la fuerza de María. Démosla a conocer con el Reinado de María. Propaguemos su imagen.

«Y el Verbo se hizo carne y alzó su Tienda entre nosotros y hemos visto su gloria; gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14).

Esta es la grandeza sin par de María: ser el único receptáculo de

la Presencia operante de Dios en el mundo de la Nueva Alianza. Como lo fue la Tienda en los cuarenta años que duró la peregrinación del pueblo de Dios por el desierto y lo fue el Templo y su Arca a partir de su consagración por Salomón.

La nueva Tienda del encuentro de Dios con los hombres es María, puerta por la que el Verbo entra a formar parte de nuestra historia humana. Morada limpia e inmaculada; templo recogido y silencioso. Tienda de la reunión de lo más santo que había en la tierra y en el cielo.

«Entonces la nube cubrió el Tabernáculo de la Reunión y la Gloria de Yahvé llenó el habitáculo» (Ex 40, 34). La gloria de Yahvé es símbolo de la presencia de Dios que llena, que transforma el lugar o la persona sobre la que se posa; y esa presencia es luminosa, es la irradiación fulgurante de Dios que pone todo su Divino Poder al servicio de su Amor, empeñado en salvar y conducir seguro a su pueblo.

El Corazón Inmaculado de María es la Tienda del Encuentro con Dios.

María es la nueva Jerusalén y el nuevo Templo. Ya no una imagen, ni un símbolo: Cristo mismo, «resplandor de la gloria del Padre» es quien habita en las entrañas virginales de María. ¡Morada viviente del Altísimo!

Nuestra Señora del Encuentro con Dios coronada, quiere reinar en nosotros, en nuestras familias. Preparemos un trono a la Virgen en nuestro corazón, ese trono es la confianza. Ella no espera más, conoce nuestras limitaciones, inconstancias, mezquindades, sólo quiere nuestra confianza. Sin más aditamentos, recibámosla con confianza. Que su nombre de tal modo esté impreso en nuestro corazón que si tuviéramos la desgracia, Dios no lo quiera nunca, de separarnos de Dios e irnos a los infiernos, su nombre escrito en nosotros transforme el infierno en cielo. Nadie la apartará de nosotros.

MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

«Perseveraban en la oración con María, la Madre de Jesús»

«Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, lo que se permitía andar en sábado. Y así que entraron, subieron a la estancia de arriba, donde se alojaban habitualmente. Eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos hacían constantemente oración en común con las mujeres, con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos». (Hch 1,12-14)

Toda la comunidad cristiana de los orígenes aguarda en oración asidua y concorde el don del Espíritu, estrechamente fusionada alrededor de la Madre del Señor. De esta escena ejemplar, que tiene como fondo la casa y la «estancia de arriba» del

Cenáculo, nacerá la invocación litánica destinada a María «reina de los apóstoles», o aquella otra, presente ya en un himno anónimo del siglo VI, que ensalza a María como «alegría de los apóstoles». La tradición cristiana tenderá a atribuir a María el



título de «discípula perfecta de Cristo».

San Bernardo observa que Ella aparece como la última en la lista de los apóstoles que ofrece el pasaje de San Lucas. Y concluye: «María, cuanto más grande es, más se abaja, no sólo como los demás, sino más que todos... Por ello os suplico, hijos míos, si amáis a María imitad esta virtud e intentad darle placer imitando su modestia... ¡Cuántas veces María escuchó a su Hijo mientras hablaba...! Pero, ¿cuántas veces se oyó la voz de esta Virgen sumamente reservada, de esta tórtola extraordinariamente pulcra?».

Sin embargo, el elemento fundamental que San Lucas desea subrayar es la oración: los términos griegos que emplea el Evangelista son significativos para describir la oración que es constante, asidua, ininterrumpida, continuada (proskarterountes) y es coral, comunitaria, hecha con un solo corazón y en unidad de sentimientos (homothymadón). María es modelo de la perfecta orante en el seno de la Iglesia.

Los Apóstoles y discípulos se retiran al Cenáculo para prepararse allí, con la Santísima Virgen, a la venida del Espíritu Santo. Examinemos esta preparación:



Primero se retiran, porque en la soledad es donde Dios se comunica con las almas. Porque a Dios no le gusta hablar en medio de las cosas del mundo... y si habla, con ese ruido no se lo oye... ni se entiende bien su voz. La Virgen nos enseña a amar mucho el retiro, el silencio, la soledad del alma, donde el Señor quiere hablarnos. Y nos dice que esta soledad debe ser exterior e interior, acallando otros pensamientos, negocios, impresiones, asuntos que traigamos entre manos. ¿Sabemos poner silencio en el alma a todo lo que sea ajeno a la oración?

Se retiraron a orar todos a una... La oración es la solución para todo. Ni siquiera Jesús, que gozaba permanentemente de la visión de Dios Padre, se dispensaba de ella, porque quiso darnos ejemplo. Oró en el Cenáculo,

en el huerto, en la Cruz misma. Orando encontró el ángel a la Virgen en su Anunciación. Los Apóstoles, por indicación de María, se retiraron a orar. También a nosotros nos llama diariamente. ¿Respondemos? ¿Acudimos a la oración a buscar luz, consuelo, fuerza?

En compañía de la Virgen. Ella dirigiría la oración. Ella daría ejemplo de fervor. Con solo mirarla, se disiparía el cansancio, las distracciones. Hagamos nosotros lo mismo: Oremos a Dios con María, mirando a María, aprendiendo de María.

Y luego, caigamos en la cuenta de la constancia. El Espíritu Santo no descendió sobre ellos hasta pasados diez días en continua oración. Y nosotros, ¡nos cansamos tan pronto de orar! Queremos conseguirlo todo en seguida... y si no, viene

el desaliento, la desilusión. Pidamos a la Santísima Virgen una oración perseverante.

El Cenáculo, dentro del cual los Apóstoles junto con María Santísima se hallan reunidos en oración, además de ser la sede del don del Espíritu, de la reconciliación sacramental (Jn 20,22-23) y del sacerdocio ministerial, representa el signo ideal de la Eucaristía, al haber sido el lugar elegido por Jesús para instituirlo en la última Cena («una sala en el piso de arriba, grande, alfombrada y bien dispuesta», Mc 14,15). En el siglo VI el sirio Jacobo de Sarug describía a María como «un campo bueno que, sin semillas, produce fardos de trigo que hacen posible una rica cosecha». También un autor medieval, Conrado de Würzburgo, llamará a María «noble gavilla

“CUANTO MÁS EL ESPÍRITU SANTO ENCUENTRA A MARÍA EN UN ALMA, MÁS SE VUELVE OPERANTE Y PODEROSO PARA REPRODUCIR A JESUCRISTO EN ESA ALMA, Y ESA ALMA EN JESUCRISTO”. (SAN LUIS MARÍA DE MONTFORT)

de virtudes», mientras que una antigua secuencia mariana invocará a la Virgen como «sierva purísima que llevó consigo el pan vivo, el mismo Dios». El campo, las gavillas, la espiga, el grano convergen en la simbología eucarística, en la línea de Jn 6,51 («Yo soy el pan vivo bajado del cielo») y 12,24 (el grano de trigo que, si muere, da fruto).

EN LA PIEDAD POPULAR EXISTE UNA ESTRECHA RELACIÓN ENTRE EL CULTO MARIANO Y LA EUCARISTÍA Y ES SIGNIFICATIVA LA PROCESIÓN EUCARÍSTICA COTIDIANA DE LOURDES, COMO LO SON LAS CELEBRACIONES EUCARÍSTICAS EN LOS SANTUARIOS MARIANOS. ASÍ ES COMO MARÍA NOS PRESENTA A SU HIJO EN LA EUCARISTÍA, SIGNO PERMANENTE DE SU «ESTAR CON NOSOTROS».

En el Cenáculo de Jerusalén en compañía de los apóstoles y de algunas mujeres y algunos parientes de Jesús la sorprendió, diez días después de la Ascensión de Jesús al cielo, el fuego de Pentecostés:

«Se produjo de repente un ruido proveniente del cielo, como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo» (Hch 2, 2-4). María recibió en ese momento el Espíritu Santo con una plenitud inmensa, incomparablemente superior a la de los apóstoles. Y desde aquel momento comenzó a ejercer sobre todos ellos, y los discípulos que se iban agregando diariamente a la Iglesia, toda la ternura maternal que necesitaban aquellos primeros miembros del Cuerpo místico de su divino Hijo.

Oremos a María:

Tú que sostuviste en el cenáculo la oración unánime y perseverante de los discípulos, ¡sostén el tesón de nuestra oración para que nuestras almas puedan abrirse de par en par a la venida del Espíritu Santo!

Tú que por tu presencia en la primera comunidad cristiana, contribuiste a atraer a tu Esposo divino, ¡estate cada vez más presente

entre nosotros, presente en nuestros pensamientos y en nuestros corazones, para que el Espíritu Santo se agrade cada vez más de morar en ellos!

Tú que preparaste con deseos intensos a los primeros apóstoles a dejarse conquistar por la dulce violencia del Espíritu de amor, ¡disponnos con tus ardientes inspiraciones a un nuevo Pentecostés, a una toma de posesión de nuestro ser por el soplo poderoso de este Espíritu divino!

Tú, en quien el Espíritu Santo encontró la colaboración ideal para el misterio de la Encarnación y para su prolongación en la humanidad, ¡ayúdanos a ser sus colaboradores para una venida más y más amplia de Cristo a nuestro mundo!

Tú, en quien el Espíritu Santo ha encendido el celo apostólico, dirigiendo todas las ofrendas hacia la Iglesia y hacia la comunidad humana, ¡haz que seamos transformados por un dinamismo conquistador en apóstoles ávidos de extender el Cuerpo Místico de tu Hijo Cristo Jesús!



Jesús y María hacen la Voluntad de Dios

Una de las virtudes que debemos imitar de la Santísima Virgen María es la obediencia. Hablando la Virgen a Santa Brígida de la seguridad que da el obedecer al Padre espiritual, le dijo: “La obediencia es la que introduce a todos en la gloria”. Esta fue la virtud práctica que el P. Molina quiso ver más reflejada en sus dirigidos. Para ellos, principalmente, iba orientada esta predicación cuyo extracto presentamos a continuación..

«“Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn 6, 38). Lo que más sobresale en la conducta de Jesús, el rasgo que mejor lo define es el cumplimiento de la voluntad de Dios Padre.

“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Lo específico de la vida de Santa María, como la de Jesús, es trabajar en la identificación de su voluntad con la del Padre.

Los cauces y medios para averiguar la voluntad de Dios y cumplirla: las órdenes verbales de los superiores y las Reglas: “En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: haced según os dicen, pero no hagáis según sus obras” (Mt 23, 2).

Santa María era fiel y exacta cumplidora de las prescripciones legales: circuncisión del Niño a los ocho días, purificación de la madre, presentación del primogénito, la oblación de los pobres para rescatarlo, viaje a Jerusalén para la Pascua....

María vivió y aceptó la vida de sumisión, muy dura de la mujer judía palestina, a los padres antes de casarse y al marido después de casada. La mujer del



tiempo de María sufría hirientes discriminaciones de toda clase en lo social y religioso: María se sometió a ellas. En la Palestina del tiempo de María, el marido tenía dominio sobre la mujer semejante al de un dueño con su esclavo. La mujer debía obedecer al marido como los hijos al padre.

María vivió en un pueblo dominado por los romanos. María obedeció en todo a las leyes del Imperio Romano. María, en y a través de todas esas circunstancias discriminantes, supo descubrir la voluntad de Dios. María obedecía a hombres y a leyes

humanas, pero sabía que al que obedecía era al Padre, el Dios Roca, el Dios fiel, el Dios digno de todo crédito.

Actitud fundamental de María: disponibilidad a la voluntad del Padre. Momento central de esa disponibilidad: la Anunciación. El contenido de la Anunciación lleva a la perfección de la disponibilidad de María, la corona.

El “He aquí la esclava...” es el acontecimiento culminante de la Historia de la Salvación porque en esa disponibilidad de María pudo realizarse la encarnación, esto es: el amor infinito de Dios a nosotros».



EL *Rosario* DE UNA NIÑA

Octubre. El mes que la Iglesia dedica al Santo Rosario. El mes que cualquiera de nosotros puede convertirse en un apóstol, dando a conocer la profundidad y hermosura de esta oración de acción de gracias tan cristocéntrica, de fe, de reparación y de esperanza; de amor y de contemplación. El mes en el que nuestro compromiso con la Señora se hace más intenso. El rezo fervoroso del Santo Rosario llega directamente al Corazón de nuestra Madre. Cuando las faltas, las caídas y los pecados nos sobrepasen, agarrémonos al Rosario; cuando las preocupaciones nos agobien, agarrémonos al Rosario; cuando a nuestro alrededor todo resulte insoportable, agarrémonos al Rosario; cuando el decaimiento espiritual haga mella en nuestra vida, agarrémonos al Rosario.

Sucedió en la guerra franco prusiana. Al amanecer de un hermoso día, salió de una ciudad de Francia un regimiento de infantería en busca del enemigo que acampaba no lejos de allí.

El buen francés es de corazón patriota, y los habitantes de aquel lugar eran buenos franceses. Así es que la mayor parte de los hombres capaces de empuñar las armas se unió a las filas del regimiento.

Entre estos abnegados hijos de la patria iba el Sr. Durand, muy conocido en la ciudad por sus arraigadas convicciones católicas. Ni el amor de su única hija, Rosita, de doce años, logró detenerlo.

¡Qué triste fue aquel día para la pequeña hija de Durand! Rosita era huérfana de madre. Quedaba sola en casa. En adelante no dispondría de otra compañía que la de Margarita, excelente mujer ya entrada en años, a cuya custodia encomendó el Sr. Durand a su hija.

De cuando en cuando retumbaba a lo lejos el estampido del cañón que, a semejanza de un formidable trueno, hacía temblar a la niña de pies a cabeza.

Una noche llaman dos soldados a la puerta. Traen por encargo de Sr. Durand a un oficial herido. Los soldados, cumplido el encargo, se vuelven al campo de batalla. Margarita va a la ciudad en busca de un médico.

Entretanto, la niña sola va al lado del moribundo, cubierto de sangre, que ni habla, ni se mueve, ni da señal alguna de vida. Era un cuadro, en medio de la noche y de un silencio absoluto, para impresionar un corazón de hielo.

Sin embargo, la niña súbitamente reaccionó. Una idea feliz surgió en su corazón. Se postra de rodillas junto al moribundo y comienza a rezar el Rosario. A medida que rezaba, sentía el oficial el contacto de una mano misteriosa que le iba cicatrizando las heridas y volviendo a su espíritu abatido las energías perdidas.

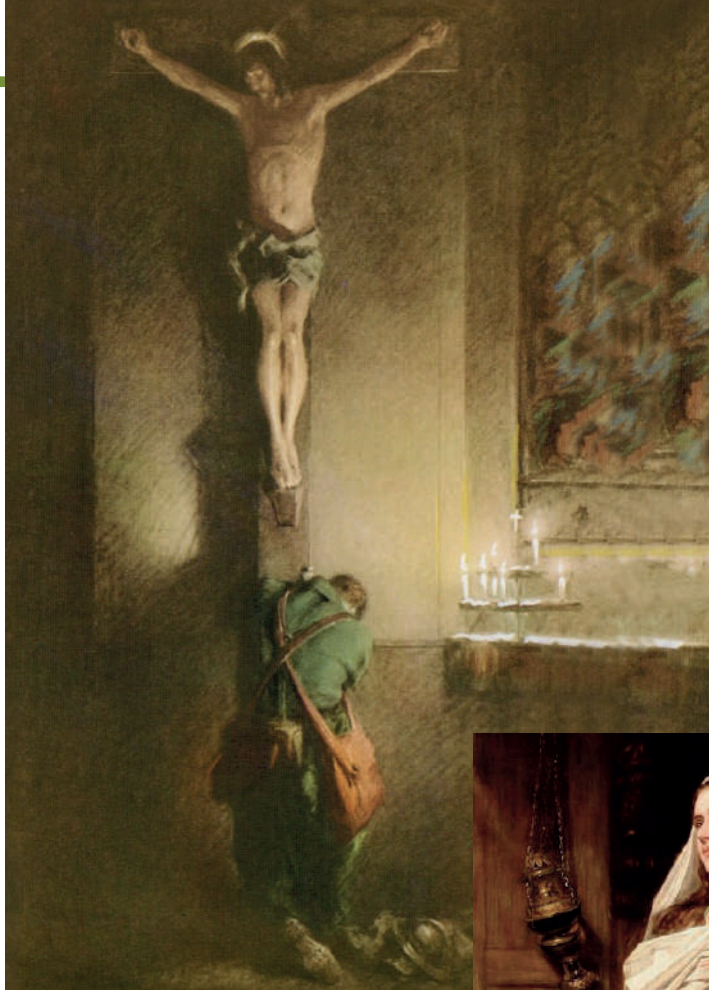
Cuando llegó Margarita con el médico, era muy distinto el estado del oficial moribundo.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó la buena mujer.

—Yo no sé —contestó Rosita. Me dio mucha compasión del herido y empecé a rezar el Rosario para que la Virgen lo curase.

El médico oyó, se sonrió con desdén y miró a Rosita despectivamente. Lo cierto fue que, sin haberse aplicado al oficial otra medicina que la devota plegaria de una niña, sanó no solo de las heridas del cuerpo, sino también de las del alma.

Transcurridos siete años desde aquella noche sangrienta, el patriota Durand vuelve a su casa. Un día él y su



hija se ven agradablemente sorprendidos por la inesperada visita del capitán de Artillería, Sr. Litré, el oficial de la curación milagrosa. Se dirige a Rosa:

—Señorita: si en otra ocasión tuve el honor de agradecerle la salud de mi cuerpo, hoy quiero agradecerle la de mi alma. Esa mano misteriosa que cicatrizó mis heridas jamás se ha apartado de mí desde aquella fecha memorable. Constantemente me ha impulsado hacia Dios con irresistible esfuerzo. Su lucha con mis pasiones ha sido larga, pero al cabo ha vencido. Y ahora me propongo trocar este uniforme por el hábito monacal.

Al día siguiente, en la célebre abadía de San Pedro de Solesmes, un oficial de artillería del ejército francés recibía el hábito de San Benito.



BEATO BARTOLO LONGO

"EL HOMBRE DE LA VIRGEN"

La gracia de Dios hace al hombre partícipe de la victoria de Jesucristo y le concede el poder de vencer a los demonios. Para consolidarnos en esta convicción, San Juan Pablo II beatificó, el 26 de octubre de 1980, a Bartolo Longo, «el hombre de la Virgen», que había sido esclavo de Satanás. Lo presentamos en esta sección porque además de proclamar la victoria de María, se hizo apóstol suyo.

El 11 de febrero de 1841, cerca de Brindisi, nace Bartolomé (abreviadamente Bartolo) Longo.

Miño inteligente, piadoso, repleto de vida, es educado en un colegio religioso hasta los dieciséis años. En clase, sus chiquilladas le cuestan no pocos castigos. Sin embargo, el día de su Primera Comunión permanece quieto más de una hora en acción de gracias. Dotado de una feliz memoria, al terminar el colegio empieza sus estudios de Derecho en la universidad de Nápoles, donde obtiene muy buenas notas.

Pero las clases de filosofía, impartidas por un exsacerdote e imbuidas de espíritu anticlerical, le impactan mucho y minan gradualmente sus prácticas religiosas, hasta que deja de rezar y se aleja de los sacramentos. Su fe también se tambalea, le hostigan las dudas. Se desahoga con un conocido y éste lo invita: «Ven conmigo. Te conduciré a un lugar donde quedarán resueltas todas tus dudas». Así en 1864 se inicia en los secretos del magnetismo y del espiritismo. Poco a poco llega a ser sacerdote espiritista.

El demonio se aprovecha de nuestra curiosidad sobre el porvenir para mezclar lo verdadero y lo falso y conducir las almas al pecado. A Bartolo lo lleva a rechazar el sexto mandamiento, a la inmoralidad, y al indiferentismo religioso. Se agota muy pronto por toda clase de fenómenos alucinatorios, y pierde la salud.

Un antiguo amigo le aconseja que se arrepienta y que se confiese. «—¿Así que quieres morir en una casa de locos y, además, condenarte?». La frase surte efecto. Su confesión es sincera y profunda. A partir de entonces, Bartolo manifestará ante quienes no creen en la acción del demonio: «que experimentó la acción del demonio en el espiritismo y que pudo librarse gracias a un milagro de la Santísima Virgen».

Una nueva vida al servicio de la Virgen

Cada día reza el Rosario, oración a la que permanecerá fiel hasta el final de su vida. Bartolo ingresa a los 31 años en la Tercera Orden de Santo Domingo con el nombre de «hermano Rosario».

La condesa Marianna de Fusco, viuda, lo invita a establecerse en su casa como preceptor de sus hijos, y administrador de unas tierras que tiene junto a las ruinas de la antigua Pompeya, cerca de Nápoles.

Allí Bartolo toma conciencia de la espantosa miseria espiritual y material de aquella región. Más que planes de desarrollo, empieza por introducir el amor a la Virgen: Funda una cofradía del Santísimo Rosario; recorre el campo entrando en las granjas para enseñar a las gentes a rezar, distribuye medallas y rosarios. Progresivamente se va recuperando la práctica religiosa.

Por consejo de su obispo, construye una Iglesia, que se consagra a María: se trata del Santuario de la Santísima Virgen María del Santo Rosario de Pompeya, centro de irradiación del Santo Rosario. Sobre el altar mayor instala un cuadro de la Virgen que no tarda en hacer caer del cielo una verdadera lluvia de milagros. León XIII dirá: «Dios se ha servido de esa imagen para conceder innumerables gracias que han conmovido el universo».

Con la afluencia de los peregrinos, llegan los exvotos de agradecimiento y las limosnas. Bartolo invierte los bienes en constituir un orfanato donde acoge a huérfanos e hijos de prisioneros, asegurándoles de ese modo una educación, un oficio y una instrucción religiosa. Tres años después de aquella fundación escribe lo siguiente a los criminólogos de la época, según los cuales los hijos de criminales se convertirían sin duda en criminales: «¿Qué habéis hecho vosotros al apartar a

Jesucristo de las escuelas? Habéis producido enemigos del orden social, elementos subversivos... Y al contrario, ¿qué hemos ganado nosotros al introducir a Jesucristo en las escuelas de los hijos de los detenidos? ¡Hemos transformado en jóvenes honrados y virtuosos a esos desdichados que queríais abandonar a su triste miseria o encerrar en manicomios!».

Pero la colaboración de Bartolo con la condesa de Fusco provoca cotilleos y una verdadera campaña de calumnias, hacia ambos. Consultan a León XIII, quien les aconseja: «Contraed matrimonio, y así nadie tendrá nada que decir». Por lo tanto, el 19 de abril de 1885, el abogado Bartolomé Longo se casa con la condesa de Fusco. Aquellos esposales permanecen virginales, a imagen de los de María y de José, lo que no les impedirá a los esposos amarse profundamente en Dios. Gracias a ellos, la obra de Pompeya sigue y se extiende. Muy pronto se construyen unas treinta casas alrededor del santuario; después un hospital, una imprenta, una estación, un observatorio, una oficina de correos, etc. La miseria de otro tiempo ha dejado paso a una laboriosa prosperidad. «No hay más remedio que hablar de milagro», exclama quien en otra época había iniciado a Bartolo en el espiritismo.

Los últimos días de Bartolo transcurrieron en medio del recogimiento y de la oración. Afectado por una doble neumonía, murió el 5 de octubre de 1926, a

los ochenta y seis años. «Mi único deseo es ver a María, que me ha salvado y me salvará de las garras de Satanás». Estas fueron sus últimas palabras.

«Con el rosario en la mano, el beato Bartolo Longo nos dice a cada uno de nosotros: “¡Despierta tu confianza en la Santísima Virgen del Rosario. Madre mía, en ti deposito toda mi aflicción, toda mi esperanza y toda mi confianza!”» (Homilía de beatificación).

Benedicto XVI refería esta cita del beato: «Como dos amigos que se tratan a menudo, suelen conformarse también en las costumbres, así nosotros, conversando familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los Misterios del Rosario, y formando juntos una misma vida con la Comunión, podemos llegar a ser, en cuanto sea capaz nuestra bajeza, parecidos a ellos, y aprender de estos grandes ejemplos a vivir humilde, pobre, paciente y perfecto».



LLAMADA A VIVIR
EL NOVENO
MANDAMIENTO:
**NO CONSENTIRÁS
PENSAMIENTOS
NI DESEOS IMPUROS**



Es tal el desorden que reina en el mundo contra este mandamiento, que nos preguntamos si todavía vale la pena hablar de él. La respuesta, sin embargo, es afirmativa, porque aunque todo el mundo se ahogue en el abismo, la Palabra de Dios continúa repitiendo: «¡No desearás la mujer de tu prójimo!» (Dt 5, 18).

El pecado cometido contra este mandamiento es tan grave que, en el Antiguo Testamento, era castigado con la muerte: «Si un hombre comete adulterio con una mujer de otro hombre, con la mujer de su prójimo, el hombre y la mujer adúltera serán castigados con la muerte» (Lv 20, 10). Y, en otro lugar dice: «Si un hombre fuera sorprendido durmiendo con una mujer casada, ambos deberán morir; el hombre que tuvo relaciones con la mujer y también la mujer» (Dt 22, 22).

Mas tarde, en el Nuevo Testamento, Jesús, durante el sermón de la montaña, decía a la multitud que se había reunido: «Oísteis que fue

dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio en su corazón» (Mt 5, 27-28).

Como vemos, Dios nos prohíbe no sólo el acto en sí, sino también la codicia y el deseo, porque son éstos los que llevan después a consumir el acto. Y, para evitar ese gran pecado, el divino Maestro concluye su afirmación con esta recomendación extrema: «Si tu ojo derecho te escandaliza, arrácatelo y tíralo; porque más te vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno» (Mt 5, 29). Con esto el Señor quiere significar la gravedad de este pecado y cómo por él se incurre en pena de condenación eterna.

Además, el pecado contra este mandamiento, lleva consigo la violación de otros dos: el que manda guardar castidad (el sexto), y el que prohíbe el robo (el séptimo). De hecho, apropiarse de alguien que pertenece a otro

es robar. Además de faltar gravemente también a la caridad y a la justicia.

La ley del divorcio civil, que varias naciones admiten, está en contradicción con la Ley de Dios, que establece como indisoluble el vínculo matrimonial: «Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre» (Mt 19, 6). Solamente podrían volverse a casar en caso de que uno de los dos muera. San Pablo lo explicita: «En efecto, la mujer casada está ligada por la Ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, queda libre de la Ley del marido. Por lo tanto, mientras vive el marido, será considerada adúltera si se une a otro hombre; pero si hubiese muerto el marido, es libre de la Ley, y no es adúltera si se une a otro hombre» (Rm 7, 2-3).

Hoy en día es muy difícil hablar de este tema. Incluso muchos pastores no se atreven a abordarlo directamente o, peor aún, no están de acuerdo con él y han claudicado de la fe en ese sentido, predicando

una falsa misericordia en la que se permite incluso a personas en situación irregular acercarse a los sacramentos. Son «guías ciegos que guían a otros ciegos. Ambos caerán en el hoyo» (Cf. Lc 6,39).

El Nuevo Testamento nos presenta la figura de San Juan Bautista quien, por reprender a Herodes su pecado de adulterio, cayó en desgracia y terminó perdiendo la cabeza. Pero él prefirió ser fiel a Dios aún a costa de la propia vida. La verdad es la que nos hace libres, no la mentira. (Cf. Jn 8,32).

No pensemos que estas leyes de Dios fueron dadas sólo para los israelitas, como pueblo que Dios escogió para ser salvado. Jesús en el Evangelio nos dice que no vino a abolir la Ley sino a completarla y a perfeccionarla. Y mandó a sus apóstoles llevarla y enseñarla a todo el mundo para que todos pudiesen ser salvados: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará» (Mc 16, 15-16).

Vemos, así, que por la observancia de la Ley de Dios nos salvamos y por su transgresión nos condenamos. Es cierto que Dios es un Padre bondadoso y siempre dispuesto a acoger al pecador arrepentido, pero sólo cuando ve, en su corazón, el pesar de haberle ofendido y el propósito de cambiar de vida. Fue a estas almas a quien el Señor dice: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Id y aprended qué sentido tiene: Misericordia quiero y no sacrificio; pues no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (Mt 9, 12-13). Sí, porque los justos ya siguen las vías del Señor; los pecadores son los que andan extraviados y es preciso llamarles y atraerlos hacia los caminos de la verdad, de la pureza, de la justicia y del amor en Dios.



ERA UNA Señora MÁS brillante QUE EL Sol

El momento –del 13 de octubre– era el mediodía solar. Instantes después, los tres videntes ven el relámpago y grita Lucía: –¡Silencio, silencio, que ya viene Nuestra Señora!...

Y la Señora, por última vez, vino y puso sus niveos pies sobre las guiraldas de flores y las cintas con las que las manos piadosas de la señora María Carreira le habían adornado el pedestal.

El rostro de la vidente toma una expresión sobrenatural; las facciones se le tornan más delicadas, el colorido de las mejillas más fino, el mirar más suave. Lucía entra en comunicación directa con lo divino y no oye a la madre que le dice:

–¡Mira bien, hija, mira que no te engañes!

Una nube cenicienta envuelve el cándido grupito como tenue espiral de incienso...

–*Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honor, que soy Nuestra Señora del Rosario, que continuéis rezando el Rosario todos los días. La guerra va a terminar y los*

soldados volverán pronto a sus casas.

–Tengo muchas peticiones. ¿Quiere, o no, atenderlas?

–*Algunas sí, otras no. Es preciso que se enmienden, que pidan perdón de sus pecados.*

Y tomando un aspecto muy triste, continuó:

–*¡Que no ofendan más a Nuestro Señor; que está ya muy ofendido!*

Y la Señora del Rosario se despidió, por última vez, de sus tres confidentes; abrió las manos la Virgen, haciéndolas reflejar hacia los fulgores del sol y, según se elevaba, su luz no dejaba de proyectarse sobre el disco luminoso. La Visión era más brillante que el sol. Lucía, sin quitar la vista de la radiosa aparición, grita a la gente: .

–¡Ya va, ya va, allá, allá va...! ¡Miren para el sol!

Junto al astro rey otra visión deslumbra a los privilegiados niños. Es San José, con el Niño Jesús y Nuestra Señora. La Sagrada Familia...

(Extractos de Era una Señora más brillante que el sol, de Joao de Marchi)

LA FORTALEZA DE SANTA MARÍA

El mandamiento de Cristo nos prescribe el amar al prójimo como a nosotros mismos. Ahora bien, el primer beneficio que hemos de procurar para nosotros mismos es el de la salvación del alma; para asegurarnos este bien debemos, si preciso fuera, sacrificar todo otro bien, la mano, el pie, el ojo, la misma vida. Amar al prójimo como a sí mismo es, pues, ante todo, procurarle la vida eterna, y ésta es la misión propia del apóstol.

Mas como hijos privilegiados de María y consagrados a ella, tenemos una obligación apostólica aparte. Para darnos cuenta de ello, es menester que comprendamos la misión apostólica de María en el mundo. Lo hemos visto en el número anterior, la función de María como Madre espiritual, distribuidora de las gracias y Reina. También como Corredentora.

Hay una virtud importantísima entre las cardinales, cuyo nombre también se da a un don del Espíritu Santo. ¿Lo adivinan? La fortaleza.

Por su parte, la fortaleza se define, como virtud infusa: es un hábito sobrenatural que robustece el ánimo para afrontar con energía los mayores peligros o dificultades en el camino de la virtud, sin desfallecer ante los más duros trabajos.

No vayamos a confundirla con el don, pues hay distintos matices. El don de fortaleza por instinto del Espíritu Santo robustece al alma para practicar virtudes más perfectas y hasta heroicas con invencible confianza.

No es posible que se sostenga una virtud, ni que la vida espiritual persevere en un alma sin la fortaleza... La misma prudencia, tan importante, se apoya en ella. Toda la vida cristiana, pero aún más la vida de perfección y santidad, es vida de continua lucha de enemigos..., exteriores e interiores.

Como virtud, la fortaleza tiene dos actos: atacar y resistir. «La vida del hombre sobre la tierra es una milicia» (Job 7,1).

A semejanza del soldado en la línea de combate, unas veces hay que acometer cosas grandes para la defensa del bien y la gloria de Dios; en la vida espiritual a veces convendrá tomar la ofensiva y atacar, acometer a los enemigos del alma para restarles fuerzas y prevenir sus tentaciones.

Otras veces habrá que resistir con firmeza los asaltos y dificultades, defenderse de los ataques para no retroceder un paso en el camino emprendido.

De estos dos actos, el principal y más difícil es resistir o soportar las dificultades sin desfallecer. Por eso, el martirio, que resiste hasta la muerte antes que abandonar el bien, constituye el acto principal de la virtud de la fortaleza.

En esta lucha fácilmente hay cansancios, desalientos, sobre todo si ha habido derrotas... ¿Qué será entonces del alma sin fortaleza?... ¿Cómo levantarse y llenarse de ánimos para combatir de nuevo?... Otras veces es Dios quien permite las tentaciones del enemigo y hasta nos prueba con tribulaciones, dolores y sufrimientos... ¡Es tan fácil creer abrumados que una cruz

es insoportable! ¡Necesitamos la fortaleza que nos sostenga!

La fortaleza de María

La Virgen María practicó en grado sublime la virtud de la fortaleza. Era Inmaculada, sin enemigos de la carne, pero ¡cuánta fortaleza no necesitó para tener esa santa vigilancia en relación con la plenitud de gracias que había recibido del Señor, para conservarlas y para corresponder a la altísima vocación a que había sido llamada!

La Inmaculada fue fuerte al consentir en ser Madre de Dios, sabiendo perfectamente los sacrificios costosísimos que esto implicaba. ¿Y dónde encontró bríos y fuerzas para acometer una empresa tan colosal como la de ser Corredentora del género humano?... Sencillamente en la fortaleza de su Corazón.

Su vida terrena puede decirse que fue un martirio continuo, sobre todo desde que el santo anciano Simeón, inspirado por el Espíritu Santo, la recorrió el velo del porvenir anunciándole que su Hijo sería «signo de contradicción, y una espada de dolor atravesará tu alma» (Lc 2,34-35).

Desde entonces, sobre todo, comenzó a ser la Virgen de los Dolores: huida a Egipto, pérdida del Niño, penalidades del destierro, duro trabajo de Nazaret...

Más tarde, en la vida pública de su Hijo..., ¿qué violencia tuvo que hacer a su corazón para estar separada de su Jesús, para no seguirle a todas partes?...

Donde María practicó la virtud de la fortaleza en grado estremecedor fue en la Pasión, al pie de la cruz del Redentor. Dice expresamente el evangelista San Juan —testigo presencial de la escena— que María estaba de pie junto a la cruz de su Hijo (cf. Jn 19,25). ¡De pie! Personificación encarnada del dolor, resistió de pie el espantoso martirio de la redención.

Por eso la Iglesia aplica también a María aquellas otras palabras del profeta Jeremías:

¡Oh vosotros cuantos pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor comparable a mi dolor, al dolor con que yo soy atormentada! (Lam 1,12).

Y María lo resistió todo de pie, con aquella fortaleza heroica, que le ha valido para siempre su título glorioso de Reina y Soberana de los mártires.

Virtudes derivadas de la fortaleza

Con la fortaleza se relacionan íntimamente sus virtudes derivadas (o partes potenciales, como dicen los teólogos).

Las principales son cuatro: la magnanimidad, la paciencia, la longanimidad y la perseverancia. Las cuatro brillaron en grado heroico en el alma de la Virgen:

a) Su magnanimidad o grandeza de alma se manifestó heroicamente

en María, perdonando a los verdugos que crucificaron a su divino Hijo y ofreciendo por ellos su sufrimiento al pie de la cruz.

b) Su paciencia y longanimidad, sobrellevando tan heroica y calladamente las grandes privaciones a que Dios quiso someterla durante toda su vida mortal.

c) Su perseverancia — en fin—, permaneciendo firme en el cumplimiento perfectísimo de la Voluntad de Dios hasta el último suspiro de su vida.

Medios para perfeccionar la fortaleza

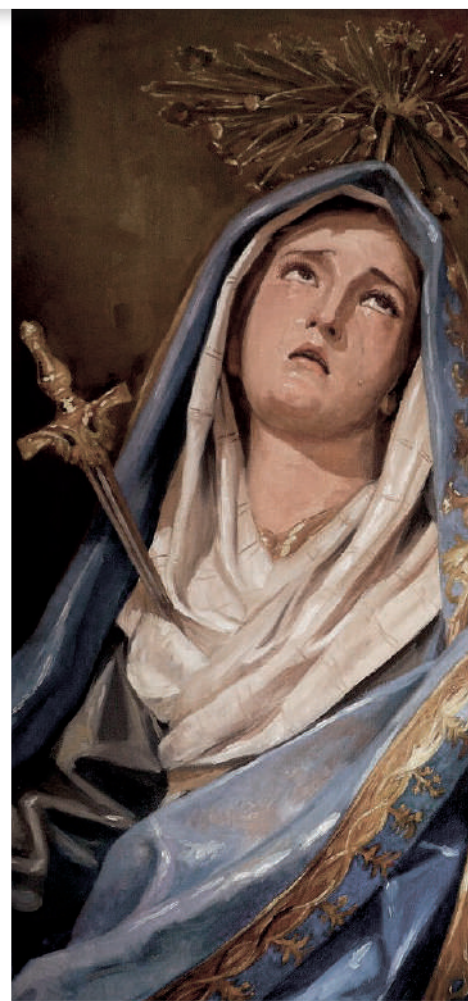
1º Pedirla a Dios, sin cesar; pues todo don sobrenatural viene de Dios. Esto vale para todas las virtudes.

2º Prever las dificultades que encontraremos en el camino de la virtud y aceptarlas de antemano. Así podemos ir perdiendo el miedo, y si sobrevienen dificultades, se acometen con mayor intrepidez.

3º Abrazar con generosidad las pequeñas molestias de la vida diaria para fortalecer nuestro espíritu frente al dolor. Aceptar con amor: frío, calor, sed, dolorcillos, incomprendiones, etc., de la vida.

4º Poner los ojos con frecuencia en Jesús Crucificado. No hay nada que más conforte y anime a las almas delicadas que la contemplación del heroísmo de Cristo, Varón de dolores.

5º Intensificar nuestro amor a Dios. El amor es el que da fuerzas. Cuando uno está enamorado, las dificultades no existen, o se convierten en nuevos actos de amor.





«ENTRAD POR LA PUERTA ESTRECHA»

La puerta estrecha y el camino angosto es el método concreto de vida que supone la doctrina expuesta por Cristo en el sermón del monte. San Mateo advierte que esa puerta, que tiene por término el Reino de los cielos, además de ser estrecha, ruda, ardua y escondida a los ojos, es misteriosa. Es este un nuevo llamado a la humildad y al amor, debemos esforzarnos por hacernos pequeños para poder entrar en ese Reino que está exclusivamente reservado a los que se hacen niños, según lo refiere Jesús en su Evangelio.

En la época histórica en que Cristo pronuncia estas palabras es claro que el mundo pagano, como nos lo atestigua la historia, yacía en un estado deplorable de corrupción moral, de manera que pocos efectivamente eran los que guardaban la misma ley natural, y por consiguiente con alguna probabilidad de salvación.

Aunque entre los judíos había algunas almas privilegiadas, con todo, la masa del pueblo y ante todo sus dirigentes, poca ventaja llevaban en su vida moral a los gentiles. Lo cual podría quizás decirse de todos los tiempos.

La luz de Cristo ha iluminado extensas regiones de la tierra y sigue conquistando almas para el cielo. Por otra parte, no conocemos los límites de la misericordia divina, ni su acción por la gracia en el secreto de los corazones, por lo que el problema del número de los que se salvan será siempre para los hombres un misterio; pero más que conocer el número de los que se salvan, lo esencial para cada uno es salvarse.

Dice Benedicto XVI comentando este pasaje del Evangelio: «El modo de razonar de los interlocutores de Jesús

es siempre actual: nos acecha continuamente la tentación de interpretar la práctica religiosa como fuente de privilegios o seguridades.

En realidad, el mensaje de Cristo va precisamente en la dirección opuesta: todos pueden entrar en la vida, pero para todos la puerta es “estrecha”. No hay privilegiados. El paso a la vida eterna está abierto para todos, pero es “estrecho” porque es exigente, requiere esfuerzo, abnegación, mortificación del propio egoísmo. (...)

La salvación, que Jesús realizó con su muerte y resurrección, es universal. Él invita a todos al banquete de la vida inmortal. Pero con una sola condición, igual para todos: la de esforzarse por seguirlo e imitarlo, tomando sobre sí, como hizo él, la propia cruz y dedicando la vida al servicio de los hermanos. Así pues, esta condición para entrar en la vida celestial es única y universal».

Hoy en día muchos viven persiguiendo fines inmediatos, apegados a los bienes terrenos. El Señor habla con total claridad y en forma imperativa manda entrar por la puerta estrecha del Reino de los cielos. La salvación depende de lo

que cada uno libremente escoja. El camino es arduo. Ni todo el mundo se salva, ni se salva uno sin acoger y secundar la gracia divina con el esfuerzo.

No debemos olvidar que, para alcanzar ese fin último que es el encuentro con Dios, hay que ir limando asperezas, quitando defectos en la vida personal, con espíritu de penitencia, con pequeñas mortificaciones.

Se han de emplear todas las fuerzas en un compromiso radical con Jesús que nos interpela a una entrega sin límites, venciendo la naturaleza inclinada a lo gustoso, fácil y cómodo. Esto exige renunciar a los atractivos de este mundo y abrazarse con la cruz de Cristo.

El camino estrecho, escarpado, de la perfección, la senda que nos señala el Señor tiene un final feliz; aunque es a la vez de cruz y sacrificio, lleva a la bienaventuranza eterna.

Este camino exige vivir desprendidos de los bienes terrenos, evitar la solicitud desmedida por ellos, prescindir de lo superfluo, vivir como peregrinos que llevan lo justo y necesario y no se entretienen en las cosas porque están de paso. No poner los medios como fin de la vida pensando que la felicidad está en ellos y llenos de ansiedad por adquirirlos, olvidar que la vida es un camino hacia Dios.

Es la enseñanza que nos deja San Juan de la Cruz en la subida al monte Carmelo: El camino es estrecho y abrupto, pero conduce a la cumbre donde se alcanza la unión con Dios.

Lo único verdadero e importante es llegar a la meta, teniendo por guía y camino a Cristo.

Esa vida de austeridad, sacrificio y cruz que Cristo nos pide que vivamos con sus enseñanzas y ejemplo, es su trono en donde reina junto a su Madre y Madre nuestra.

La Virgen Santísima será la que nos alcance la fortaleza necesaria para marchar con decisión tras los pasos de su Hijo por la senda estrecha que Ella supo escoger y seguir fielmente.

María fue elegida por un designio particular de Dios, pero su salvación no dependió de esa elección sino de su respuesta. Con su modo de actuar, nos recuerda la grave responsabilidad que cada uno tiene de acoger el plan divino sobre la propia vida. Pidámosle que nos modele según su Corazón Inmaculado para alcanzar la medida de esa puerta estrecha y así la salvación que Dios nos promete y ser también como Ella bienaventurados.





EN CRISTO Y EN EL ESPÍRITU, LA EXPERIENCIA DEL DIOS “ABBÁ”

.....

En el ciclo de catequesis del Jubileo, concretamente la del miércoles 20 de septiembre de 2000, San Juan Pablo II nos enseñaba que nuestra relación con Dios es necesariamente trinitaria.

.....

«Hemos comenzado este encuentro bajo el signo de la Trinidad, trazado de modo incisivo y luminoso por las palabras del apóstol san Pablo en la carta a los Gálatas (cf. Ga 4, 4-7). El Padre, al infundir en el corazón de los cristianos el Espíritu Santo, realiza y revela la adopción filial que Cristo nos ha obtenido. En efecto, “el Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8, 16). Contemplando esta verdad, como la estrella polar de la fe cristiana, meditemos en algunos aspectos existenciales de nuestra comunión con el Padre mediante el Hijo y en el Espíritu.

El modo típicamente cristiano de considerar a Dios pasa siempre a través de Cristo. Él es el camino, y nadie va al Padre sino por él (cf. Jn 14, 6). Al apóstol Felipe, que le pide: “Muéstranos al Padre y nos basta”, Jesús le dice: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 9). Cristo, el Hijo predilecto es por excelencia el revelador del Padre. El verdadero rostro de Dios sólo nos es revelado por aquel que

“está en el seno del Padre”. La expresión original griega del evangelio de san Juan (cf. Jn 1, 18) indica una relación íntima y dinámica de esencia, de amor y de vida del Hijo con el Padre. Esta relación del Verbo eterno implica a la naturaleza humana que él asumió en la encarnación. Por eso, desde la perspectiva cristiana, la experiencia de Dios nunca puede reducirse a un genérico “sentido de lo divino”, y no se puede considerar superable la mediación de la humanidad de Cristo, como han demostrado muy bien los más grandes místicos: san Bernardo, san Francisco de Asís, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila, y tantos enamorados de Cristo de nuestro tiempo, como San Carlos de Foucauld y santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein).

En toda auténtica experiencia cristiana se reflejan varios aspectos del testimonio de Jesús con respecto al Padre: Él atestiguó ante todo que el Padre está en el origen de su enseñanza: “Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado” (Jn 7, 16). Lo que dio a conocer es exactamente lo que “escuchó” del Padre (cf. Jn 8, 26; 15, 15; 17, 8. 14). Así pues, la experiencia cristiana de Dios sólo puede desarrollarse en total coherencia con el Evangelio.

Cristo también testimonió eficazmente el amor del Padre. En la estupenda parábola del hijo pródigo, Jesús presenta al Padre siempre a la espera del hombre pecador que vuelve a sus brazos. En el evangelio de san Juan insiste en el amor del Padre a los hombres: “Tanto amó Dios al mundo que dio

a su Hijo único” (Jn 3, 16). Y también: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 23). Quien experimenta realmente el amor de Dios no puede por menos de repetir con emoción siempre nueva la exclamación de la primera carta de san Juan: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1 Jn 3, 1). A la luz de esta realidad, podemos dirigirnos a Dios con la invocación tierna, espontánea e íntima: “¡Abbá!, ¡Padre!”, que aflora constantemente a los labios del fiel que se siente hijo, como nos recuerda san Pablo en el texto con que abrimos este encuentro (cf. Ga 4, 4-7).

4. Cristo nos da la vida misma de Dios, una vida que supera el tiempo y nos introduce en el misterio del Padre, en su alegría y luz infinita. Lo testimonia el evangelista san Juan transmitiendo las sublimes palabras de Jesús: “Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo” (Jn 5, 26). “Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día. (...) Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que



me coma vivirá por mí” (Jn 6, 40. 57).

Esta participación en la vida de Cristo, que nos hace “hijos en el Hijo”, es posible gracias al don del Espíritu. En efecto, el Apóstol nos presenta el hecho de que somos hijos en íntima relación con el Espíritu Santo: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (Rm 8, 14). El Espíritu nos pone en relación con Cristo y con el Padre. “Por este Espíritu, que es el don eterno, Dios uno y trino se abre al hombre, al espíritu humano. El soplo oculto del Espíritu divino hace que el espíritu humano se abra, a su vez, a la acción de Dios salvífica y santificante. (...) En la comunión de gracia con la Trinidad se dilata el área vital del hombre, elevada a nivel sobrenatural por la vida divina. El hombre vive en Dios y de Dios: vive según el Espíritu y desea lo espiritual” (Dominum et vivificantem, 58)».

Este mes de octubre ¡REZA EL ROSARIO!



Respondamos a la llamada de Nuestra Señora en Fátima:

"Rezad el Rosario todos los días".

La Hermana Lucía aseguró que la Santísima Virgen dijo que "los últimos remedios que Dios daba al mundo eran: el Santo Rosario y el Inmaculado Corazón de María" y que "el Rosario es el arma de combate de las batallas espirituales de los últimos tiempos".

INSCRÍBETE

rosario.reinadodemaria.org



¿POR QUÉ REZAR EL SANTO ROSARIO?

- ❖ "En el Rosario he hallado los atractivos más dulces, más suaves, más eficaces y más poderosos para unirme con Dios". (Santa Teresa de Jesús)
- ❖ "El Rosario es la mejor de las oraciones". (San Francisco de Sales)
- ❖ "Entre todos los homenajes que se deben a la Madre de Dios no conozco ninguno más agradable que el Rosario". (San Alfonso María de Liguorio)
- ❖ "El Rosario me ha acompañado en los momentos de alegría y en los de tribulación. A él he confiado tantas preocupaciones y en él siempre he encontrado consuelo". (San Juan Pablo II)
- ❖ "Nunca dejen el Rosario, la devoción a la Señora, por más ocupaciones que tengan". (P. Molina)

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org
www.reinadodemaria.org

